

Teresa de Jesús
Las Moradas
y siete diálogos actuales

Edición de María Ángeles Pérez López

Vaso Roto



Vaso Roto Ediciones

LAS MORADAS

Vaso Roto

PRÓLOGO

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración; lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande, que an los negocios forzosos escribo con pena; mas entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina a hacerlo muy de buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con la enfermedad continuo y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradicción suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío.

Bien creo he de saber decir poco más que lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir; antes temo que han de ser casi todas las mesmas, porque ansí como los pájaros que enseñan a hablar, no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, so yo al pie de la letra. Si el Señor quisiere diga algo nuevo, su Majestad lo dará u será servido traerme a la memoria lo que otras veces he dicho, que an con esto me contentaría, por tenerla tan mala, que me holgaría de atinar a algunas cosas; que decían estaban bien dichas, por si se hubieren perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza, por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no se saque ningún provecho. Y ansí comienzo a cumplir hoy día de la Santísima Trinidad, año de MDLXXVII, en este monesterio de San Josef del Carmen en Toledo, adonde al presente estoy, sujetándome en todo lo que dijere a el parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere, que no vaya conforme a lo que tiene la santa Ilesia Católica Romana,

será por inorancia y no por malicia. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré sujeta por la bondad de Dios, y lo he estado a ella. Sea por siempre bendito, amén, y glorificado.

Dijome quien me mandó escribir, que como estas monjas de estos monesterios de Nuestra Señora del Carmen tienen necesidad de quien algunas dudas de oración las declare, y que le parecía, que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y con el amor que me tienen les haría más al caso lo que yo les dijese, tiene entendido por esta causa, será de alguna importancia si se acierta a decir alguna cosa, y por esta causa iré hablando con ellas en lo que escribiré; y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso a otras personas, harta merced me hará Nuestro Señor si a algunas dellas se aprovechara para alabarle algún poquito. Mas bien sabe su Majestad que yo no pretendo otra cosa; y está muy claro que cuando algo se atinare a decir, entenderán no es mío, pues no hay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da.

SIETE DIÁLOGOS ACTUALES

Vaso Roto

Teresa, nuestra Teresa

HUGO MUJICA

De todo lo escrito yo sólo amo aquello que alguien escribe con su sangre.

Escribe tú con sangre y te darás cuenta de que la sangre es espíritu.

NIETZSCHE

I.

La representación más conocida de nuestro personaje y heroína es el llamado Éxtasis de Santa Teresa, la escultura tallada en el mármol con la que Gian Lorenzo Bernini logró mostrar que también el arte hace milagros, puede crear alas, vencer la gravedad con la que nos retiene la tierra: si Teresa flota, levita, sobre la tumba del cardenal Cornaro, en la iglesia romana de Santa María de la Victoria; también, y siendo parte de la misma escena, asomados y asombrados, familiares del cardenal, a derecha e izquierda, observan en ambos palcos el sobrenatural espectáculo, el éxtasis de la Santa, sus ojos en blanco, su boca entreabierta, su cuerpo arqueado y, suponemos que como cualquiera de nosotros lo haría, *sotto voce* comentan ese dejo de erotismo que trasluce su arrobamiento.

A su lado, el de Teresa, y gozoso también él, cual mítico Cupido, un ángel de pie sostiene la flecha con que acaba de atravesarle el corazón, con la que terminó de consumir el desposorio espiritual. No vemos el éxtasis, vemos su después, sentimos la herida y el embeleso en que la dejó. No nos es dado saber lo que es; siempre lo que ya fue: en materia mística el hablar distancia, las palabras cuentan siempre la despedida. El éxtasis, su instante, es indescriptible, no cabe ni en el tiempo ni en las palabras, como suele decirse de toda la mística, y, no obstante, hay libros y libros, memorias y memorias, dichos y dichos de místicos; hay, entonces, una mística que calla y una mística que cuenta, una fábula mística, un género literario... Teresa es a la vez personaje y autora de esa tradi-

ción narrativa y, como escritora, no fue de las que callan, aun su escritura es oralidad, inmediatez, parresia.

Si la premisa de Francis Bacon –que después asumirá Kant– es *de nobis ipsis silemus*, callarse sobre sí mismo, como garantía de la veracidad de aquello sobre lo que se hablará, o sea, el mito de la objetividad, Teresa responderá: *de nobis ipsis loquemur*; es de ella misma que hablará, de ella que no es sólo ella, de sus voces que le dan voz, de su mitología viviente. Teresa habló y contó... pero primero vivió, por eso su mística, la suya propia, fue una mística viviente; por eso sus libros, y en particular *El libro de la vida*, fue lo que su título nombra: vida. «Libro vivo», como el que dice que le regaló Jesús: no ya libro ajeno, sino su propia historia: la aventura interior de Teresa de Ávila como revelación de Dios en ella y ella en Dios.

Al igual que la familia Cornaro, también nosotros nos asomamos como espectadores a contemplar y a elucidar algo de la vida de Teresa, no lo haremos desde una mirada teológica o religiosa; nos interesa más la vida de esa mujer: ni su título canónico, ni su vida de santa perfecta, sino su vida de mujer real, una vida humana, una existencia atravesada por la pasión por vivir.

II.

Fines del siglo XVI, estamos en el Barroco; el estilo cuya paternidad, al menos en lo escultórico, suele adjudicarse al mismísimo Bernini, y –dada la época– el mundo, como visto desde el palco de los Cornaro, es mirado, es sentido anímicamente, como «el gran teatro del mundo»: como representación, visto como «la sociedad del espectáculo», al decir de Guy Debord en lenguaje contemporáneo.

La realidad, la sólida realidad de esencias inmutables y definiciones metafísicas, de férreas leyes y dogmas inmovibles que regían el mundo medieval, comienza a difuminarse, y el Siglo de Oro español –contradiendo la solidez del dorado metal y su símbolo de eternidad– se preguntaba con Calderón de la Barca y en boca de su Segismundo se contesta:

De Teresa de Ávila a Santa Teresa: *Las Moradas*

ANTONIO COLINAS

Teresa de Ávila, Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia y doctora *honoris causa* por la Universidad de Salamanca (1922), Santa Teresa... Estas cuatro denominaciones nos avisan de que no podemos valorar a una sola Teresa sin reparar, al menos, en otras cuatro. Ello nos muestra, ya de entrada, la riqueza de la personalidad de esta mística escritora.

La alusión primera, la que se refiere a su ciudad natal, nos lleva a su vez a los *orígenes*, de los que ella nos ofrece tantas claves en el *Libro de la vida* y en su riquísimo *Epistolario*. En una personalidad a la vez tan viajera (aquí el jugoso testimonio de *Las Fundaciones*), Ávila es como el centro nutricional de su ánimo y, hasta en sus últimos días, anheló su regreso a ella; pero la muerte la sorprendió en Alba de Tormes y sus restos fueron entonces motivo de tensión entre ambas ciudades.

En segundo lugar, unir el nombre de Teresa al de Jesús nos lleva ya de lleno a su inmersión en la vida religiosa, a su primera fundación monacal también en Ávila, sí, en San José, pero yo señalaría otro momento concreto: el de su posterior estancia en Medina del Campo y precisamente a ese momento en el que tiene su encuentro con Juan de la Cruz. Me refiero pues a que en su plena religiosidad y en su apuesta por ella, hay un momento clave: el que va unido a la fundación de las Descalzas; es decir, a aquel momento en el que sus ansias de transformación eclesial y de marcha más radical hacia la Divinidad se nos muestran de una manera extremada. Para Juan (todavía entonces Juan de Santo Matías) ese momento crucial también es muy importante, pues renunciando al mundo académico de Salamanca, no sólo siente el deseo de ingresar en la Trapa, sino que el encuentro con Teresa en Medina del Campo le lleva a un retiro no menos radical, el del yermo de un lugarejo llamado Duruelo. Teresa seguramente quiso asegurarse de ese rigor sanjuanista

(de «su fraile y medio», como ella dijo en aquellos días al recordar también a fray Antonio Heredia, el compañero de Juan en ese lugar fundacional) pues no mucho tiempo después viaja a Duruelo para visitarlo. Al llegar, se da esa vivísima anécdota en la que el compañero de Juan está barriendo la puerta de la ermitilla y la Santa se lo reprocha: «¿Qué se ha hecho de la honra?». Fray Antonio le responde de una manera cortante: «Yo maldigo el tiempo que la tuve». Se cierra pues en ese momento concreto de los tres descalzos en Duruelo la iniciación en la soledad fundadora de la Descalcez, esa primera proximidad a la *nada* que es a la vez desear ser el *Todo*.

La tercera de las denominaciones con la que reconocemos a Teresa de Jesús es la de Doctora de la Iglesia. Parece que con este reconocimiento Calzados y Descalzos, la autoridad eclesial, los inquisidores, echaron definitivamente un manto de olvido sobre la heterodoxia de la monja y ésta ha pasado a ser no sólo una figura carmelitana de primer orden, sino de la Iglesia católica. Este reconocimiento de una Teresa sabia –en posesión de un conocimiento exclusivamente suyo e iniciático, iluminador para la fe de los creyentes de base– vendrá refrendado años después, en 1922, con su reconocimiento como doctora *honoris causa* por la Universidad de Salamanca. (Precisamente cuando escribo estas páginas celebramos el centenario de dicho nombramiento por parte de esa Universidad en la que Juan de Yepes había sido alumno de Artes, seguramente el más significativo alumno entre los muchos que ha tenido este centro educativo, pionero en Europa.)

En cuarto lugar, el reconocer a aquella humilde monja como Santa, refrenda no sólo la sabiduría propia de un Doctor sino que este título alude a un conocimiento superior, aquél que conduce a un diálogo extremo con lo que está *más allá*, con la Divinidad. Grado de santidad que también adquirirá San Juan, su compañero de fatigas en los caminos y fundaciones monacales de España.

La sabiduría y la santidad de Teresa de Ávila se van conformando, de una manera progresiva, desde sus días en los monasterios de San José y de La Encarnación de Ávila, pero desde la sencillez y la llaneza, desde el pugnar con los humanos de la sociedad de su tiempo –a veces con miembros de la nobleza, a veces con sus superiores o confesores– hasta esos otros momentos de retiro radical en su celda. La celda: ese espacio de

Teresa de Jesús y la arquitectura interior del alma

AMALIA IGLESIAS SERNA

En la introducción a mi libro de poemas *Tótem espantapájaros* (Abada, 2016) hacía referencia a la importancia que había tenido en mí la impronta carmelita, tanto en el poso que subyace a ese libro, como en mi carácter y en mi formación literaria:

Gran parte de esos recuerdos de infancia están marcados también por la presencia de la imaginaria carmelita. Explicar aquí que tuve una abuela «monja», a la que siempre conocí vestida con el hábito marrón del Carmelo, excede el cometido de esta introducción, pero su influencia fue decisiva en la construcción de estos tótems. Apuntaré sólo que, en esa radiografía del poema, en algún lugar esas cruces se encuentran con el caligrama que san Juan de la Cruz entregó a Magdalena del Espíritu Santo de la *Subida del Monte Carmelo*, y con las imágenes barrocas de la arquitectura interior del alma y con la silueta susurrante de mi abuela.

Quiero retomar aquí ese episodio, aunque sea personal, porque ahora sí lo considero un oportuno punto de partida para aproximarme a la figura de santa Teresa de Jesús y a esa huella suya que permanece: como mujer, como escritora, y como pensadora de la trascendencia de lo sagrado, de la metafísica y de la espiritualidad, del amor como camino y como meta; una huella que llega hasta nuestros días con una fuerza poderosa y enigmática, como una reivindicación del alma, entendiendo como tal aquello que nos hace más humanos, que nos distingue como seres que piensan, sienten y padecen; una huella más necesaria que nunca en este tiempo turbio precipitado hacia la deshumanización, donde la trascendencia y la espiritualidad llevan camino de ser reemplazadas

por un metaverso de virtualidad consumista, donde lo sublime es arrumbado al bazar de las experiencias enlatadas de baratija, en un comercio que nos iguala a la baja en barbaridades y banalidades.

En aquel texto, en el que aludía a la *Subida del Monte Carmelo*, podría también haber acudido a otras representaciones alegóricas como la de Juan de Rojas sobre las *Siete Moradas del Castillo Interior* de Santa Teresa, porque forma parte igualmente de los cimientos de mi identidad, forjada en buena medida en aquella infancia carmelita. Los que podría considerar «mis libros infantiles» estaban ilustrados con aquellas imágenes en blanco y negro, que yo no entendía, pero que siempre estimulaban mi curiosidad con sus enigmáticas representaciones barrocas: palabras que dibujaban figuras y paisajes, y palomas, puertas, escaleras, soles, llamas...

Quizás esto requiere una explicación un poco más detallada: mi abuela materna hizo una promesa durante la Guerra Civil Española. Mi abuelo, su marido, estaba en el frente republicano; fue detenido, primero preso en la cárcel de El Dueso y después en los batallones de trabajos forzados, haciendo carreteras. Enfermó de una pleuresía. Mi abuela hizo entonces una promesa a la Virgen del Carmen: si regresaba vivo a casa, ella vestiría durante toda su vida el hábito del Carmelo y seguiría las pautas de la regla carmelita de castidad, pobreza y oración. Para entonces tenían ocho hijos de edades comprendidas entre los 12 y los 3 años. Vivían en un pueblo muy pequeño. Mi abuelo regresó y sobrevivió; y ella cumplió su promesa y su único vestido durante el resto de su vida (más de cinco décadas) fue el escapulario del Carmen, aquel hábito color café, atado a su cintura con un grueso cordón. A pesar del bullicio de los niños y de la presencia del marido enfermo, su casa se convirtió en su convento: siempre estaba rezando mientras atendía sus labores, cuando iba y venía entre los pucheros, daba de comer a los animales o cuando salía al campo a recoger la hierba...; pasaba horas en aquel pequeño huerto cerrado donde sólo se oía el zumbido de las abejas trabajando en su colmena y el canto contento de los pájaros que bajaban a comer las grosellas. Ella hablaba poco, pero murmuraba todo el tiempo, como si se dirigiera a alguien en su interior. Puede decirse que la suya fue una vida de eremita al estilo de aquellos primeros carmelitas que, siguiendo el modelo del profeta Elías, vivieron a comienzos del siglo XIII en el Monte Carmelo de Israel. Comía

Morar en el diamante. El castillo de Santa Teresa

JEANNETTE L. CLARIOND

Hay palabras que son más
para sentir que para decir.

TERESA DE ÁVILA

El sol de septiembre atraviesa el cristal del coche, siento arder su fuego en mi piel. Son las 4 de la tarde. Me dirijo a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Regiomontana. En punto de las 4:15 estaré entrando en el aula de humanidades. Me recibirá el hondo silencio del maestro Zepeda. Para su asignatura, Filosofía VI, nos ha pedido leer *Las Moradas*. Llevo en mi mochila el ejemplar No. 86 de la Colección Austral, y un marcador fosforescente amarillo. Tengo subrayada gran parte de las páginas. Las había leído mas no bajo la guía del profesor Francisco Zepeda, filósofo de quien suele decirse que vive asombrado. No se deja deslumbrar por ideas que mueren con las ideas. Sabe mirar la orilla; atravesarla sin prisa. Su cabeza grande fulgura como un todo que no teme disiparse en la Nada. Su cuerpo delgado en la sala se siente apenas. Habla poco. Tampoco necesita hacerlo. A veces, en sus gafas redondas resplandece el fondo de su pensamiento. Otras, el brillo de sus ojos se refleja en los vidrios. Cada vez son menos los estudiantes de filosofía. En este período soy la única inscrita. El primer semestre me preguntó si podía estar largo tiempo en silencio. —¿Sabes? —me dijo—, es lo que te enseña a reconocer las pisadas en el corredor, el puro sonido. Yo no había leído sobre si-gética. Tampoco meditado acerca de la escucha del silencio. Aún conservo en mi móvil el mensaje que me envió el maestro Francisco Nieves: —Jeannette, me urge hablar contigo, el maestro Zepeda está muy grave. Leí tarde el mensaje. Me suele ocurrir con los temas dolorosos. Siempre es triste pensar que alguien en quien has creído se vaya de este mundo. Es como perder la cuenta de uno de los misterios de tu rosario, la sensación de que falta una jaculatoria por rezar. A las 4:15 entro al aula. El maestro está de espaldas a la puerta mirando a través del cristal de la ventana, su rostro y la mitad de su cuerpo, la

parte superior, iluminados por los rayos del sol. Sin decir buenas tardes se gira hacia el frente y empieza a leer el capítulo I de *Las Moradas*.

Estando hoy suplicando a Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento: que es, considerar nuestra alma como un castillo todo de diamante u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. (Aquí el subrayado fosforesció más denso). Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso, adonde dice Él tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento a donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? [...].

Leo abstraída la parte superior de la página, más amarillenta ahora que hace treinta y ocho años. Hay un signo de número apenas legible y, en manuscrito, *junio 13*. Pienso que se debe a que en el verano de 1980 mi lectura de la Santa empezaba apenas a rozar los bordes de la claridad. Deslizo la mirada por la misma página hacia el segundo subrayado: «Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla [...] basta decir su Majestad, que es hecha a su imagen (habla del alma), para que apenas podamos entender la gran divinidad y hermosura del ánima».

Mi cuerpo comienza a estremecerse. La voz del maestro resuena como un eco lejano. El traqueteo de camiones se interpone en el espacio al transitar a gran velocidad por la calle Venustiano Carranza. Apenas distingo su débil voz, pero intuyo lo que dice. Sé por su mirada que se trata de un hombre que vive, como el ave, anclado al cielo. No habla desde la razón, dialoga desde una resuelta serenidad. El resto de los profesores nos exigían memorizar las distintas corrientes filosóficas, fechas, títulos de obras publicadas... Pero el maestro Zepeda no. Esa tarde, mientras leía, de pronto sentí una borrasca romperse dentro de mí. Al advertir la madera de mi pupitre empapada por las lágrimas me dijo: —Adelante, Jeannette, de entre más alto se cae, caerás mejor plantada. ¿Qué era lo alto y qué era para el maestro estar mejor plantada? Este

Las Moradas: Una puerta abierta hacia la luz y el silencio

JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS

Ignoro dónde está la entrada. El castillo está a oscuras y se divisa en lontananza, tanto como la lejanía me permite, tanto como la distancia me ha dejado acercarme sin ser visto.

Pero sigo intentando cruzar los puentes levadizos, los fosos, los obstáculos: mi vida es sólo el reflejo del cristal, la mirada lóbrega del encantamiento de los sueños.

Tras una alta ventana se divisan los ojos que he imaginado cuando nada sabía, cuando el secreto de las cosas se asentaba en el rostro de este amanecer.

Tendré el valor de atravesar los aledaños donde la hierba se eleva como el triunfo del desdén, donde se alzan las empalizadas que no me dejan ver los esquinazos de las fachadas anchas y luminosas.

Quiero llegar hasta ese castillo, me lo he propuesto tantas veces que no sabría cómo acercarme sin ser visto, salvado del barranco de la desilusión.

Mi vida desata pleitos de luz: a mí mismo en su cobarde empatía con los corazones oscuros de los que no se vencen jamás, ni se humillan, ni gritan en el pozo donde han caído sin saberlo.

Yo quiero entrar y no puedo. Ansío estar muy cerca y me alejo cada vez más. El castillo es de cristal, limpio y cuidado, sobresale entre todas las alturas, se deja ver en lo más alto, y cuando el sol lo dora se transforma en una hoguera, en un misterioso crepúsculo de amor.

Ignoro la entrada. Me he perdido varias veces. En otras ocasiones he ido hasta la orilla del camino y he vuelto a hacer el trecho, atravesando oteros, bruscos errores de la naturaleza, mustios y aterciopelados árboles ya secos.

No sabría cómo distinguir lo oculto de la belleza que ante los ojos me depara, discernir cómo es la vida que me he propuesto construir, cómo surge el decoro que me limpia los ojos para descubrir evidencias.

En lo más alto vive el señor de esta morada de líricos secretos, de vasos comunicantes, de abismos erráticos que, cuando se atraviesan, no son nunca desprecios ni silencios totales sino todo lo contrario, palabras que te dictan al oído y que los más osados saben interpretar con el diccionario de la serenidad.

Llego y me quedo parado frente al portalón, donde una puerta de diamantinos flecos se abre y me permite llegar, acercarme, saborear las dulces caricias que hasta ahora no había conocido ni imaginado jamás.

Un rumor de jardines ocultos me acerca hasta la rosa, la de mi soledad, la de mi infancia, la que se abre en cada etapa de mi extrañamiento con la vida. Rosa que al deshojarse va pintando unos labios que no he besado jamás y me nombran cuando en la hierba se disuelven como frío de inviernos transparentes.

Llegando hasta la fuente, sus chorros sonoros sacian con intensa paz todo mi ser, voy detrás de sus aguas transparentes, me cubro de infinita serenidad y no anhele tener más compañía que la memoria limpia de mis actos, los que confluyen en la acequia del corazón de la verdadera inocencia.

No quiero nunca ver el barro que tiñe esas sensaciones tan vivas, tan penetrantes en mis ojos y en mis sentidos todos. Que en mi centro fluya esa fuente como la luz de la conciencia vivida en serenidad, y que el sol que ilumina mis pasos se entreteja con mi rostro, fluya en él la candidez de la belleza.

No tapéis mis deseos de mirar tras el cristal de cada día y poder ver la lejana sombra de los árboles que tapan la claridad pero que alumbran, así también veré mis propios actos en el espejo del silencio más hondo. No darán fruto porque están podridos, porque en sus raíces se oculta mi propia incompreensión, mi terca duda.

Y cuando más deseo mirar tras el cristal, más oscura me enseña la mirada de los que en mí conviven y me cercan de angustia. Quiero limpiar el resplandor opaco: voy a derramar el agua que me deje sentir que estoy cerca de quienes saben elegir el destino de sus pasos. Voy con ellos. Entro. Me acerco ya sin miedo pero me ahoga la luz, aún tenebrosa, de mí mismo.

Un castillo hecho de lumbre

ASUNCIÓN ESCRIBANO

«Porque así como los pájaros que enseñan a hablar no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra»

TERESA DE JESÚS

«El lenguaje del cielo está plagado de signos invisibles, de palabras que nunca conseguiremos pronunciar»

BASILIO SÁNCHEZ

I

«Como la puerta de este castillo es la oración»

La oración tiene el temblor de las alas de las palomas cansadas sobre el aire, y también el perfil veloz de sus caricias.

Como ojos resguardados en la lluvia del otoño, o como charcos resbalando su destello infinito hacia la luz que los dispersa, los expande y alcanza todo en su humedad penetrante y luminosa.

Por ello al rezar hablo con los pájaros.

Les confieso la fragilidad de mi mirada, a punto siempre de quebrarse cual si fuera lumbre seca en el otoño. Le suplico su piedad al aire.

Ellos me responden con su vuelo, que traza la señal de un látigo de fuego restallando firme en el espacio. Respiro entre sus plumas, en ellas me cobijo, como si la vida no pudiera fracturarse entre lo blanco.

Son los ángeles que me hace llegar en cada invierno el rescoldo sagrado de la Vida.

Son señales de la tierra que me abren una puerta llameante y poderosa cuyo cruzar me bautiza eternamente.

II

«Como el cristal para resplandecer en él el sol»

El universo entero tiene la forma de un cristal como castillo. Lo percibo cada vez que me acerco a sus almenas. También así es el alma.

Considerar nuestra alma como alcázar todo de diamante o muy claro cristal, donde hay muchos aposentos. Cada estancia adopta la forma de un ser vivo. Hombres heridos, árboles crecientes, alas de cristal en su acendrada escarcha, la nieve en el invierno.

Todos ellos habitables si se acogen con los ojos como abiertas ventanas hacia el cielo.

Algunos aposentos cobran forma de una hoguera y, entonces, en el alma caben todas las lumbres del idioma. Caben los temblores fulgurantes de los astros hospedados como espejos en las gotas del otoño, en el crujir seco de las ramas.

También así los hombres y mujeres acumulan con el tiempo en sedimentos de sus ojos la esperanza rebosante que los nombra. Hombres azules como fuegos, mujeres transparentes como llamas. Todo los asombra.

No hay para qué cansarnos en querer comprender la beldad de este castillo, pues no se puede alcanzar su hondonada perpetuamente blanca con la indigente fragilidad de nuestra vida.

En la misericordia tan sin tasa

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

En la piedra se escriben altura y bajura. Tan es así que las palabras han de aglutinarse, pegadas entre sí, amasadas ya, indisolubles, como en el acto mismo del amor: haciarrriba, haciabajo, para que dirección y sentido crean pertenecer al mismo territorio. Porque agosto se abrió subiendo a San Saturio, siguiendo el camino de otros caminantes sin camino, y en la roca excavada hacia lo alto hay también grutas, cuevas, laborintios del amor que lo descenden. Porque deseamos llegar hasta el amor. Porque es fácil perderse en la palabra *laborintio*, entrar en ella y quedarse dentro, como esos cuerpos que eligieron ser parte de la piedra, volverse trabazón y su argamasa. Quienes pidieron ser pared, vivir entre ellas, sabiendo que el límite del cuerpo es pura negociación. Pero también es posible salir de la palabra *laborintio*. Ser obra, obra. Amor que pide multiplicarse.

§

Sobre los cuerpos entregados a la consistencia de los muros ha escrito Ruth Miguel Franco, pero en *Las Moradas* se dan la mano contemplación y acción como si fuesen esas palabras unidas que se miran en el espejo de los desposorios espirituales, tan grande su unión como la que hay «entre dos desposados, a los que ya no se puede apartar». ¿No era ésa una paradoja irresoluble? En Teresa todo puede resolverse, nada permanece quieto sino que es agua viva, en movimiento. ¿Cómo no acercarnos a ella en el tiempo de la sed, la *tantased*?

§

Es alta la voluntad y asciende hacia un lenguaje universal. ¿Puede decirse así, *universal*, como si contuviera todas las costillas, las fundaciones, el cuerpo enfermo y sin embargo determinado a su determinación? De modo recurrente llama con su ímpetu en mi cabeza: «Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar al final, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajase lo que se trabajare, murmure quien murmurare...». ¿Hay modo más radical (de raíz, claro, que se alza hacia la altura) para decirse en un presente atormentado por lo *fake* y los *likes*?

§

Así este Castillo interior, la suma de la belleza *summa*. Un río caudaloso de palabras que arden y a la vez dan frescor. La profundidad y complejidad de la experiencia más íntima, su verdad profunda, inaudible. Hacia ella camina el lenguaje, que tampoco alcanza.

§

El no saber, el no no saber, la negación que pide ser negada, que repite su forma para abrirse camino. Ese prodigio de la escritura que se acerca a sus límites, que conoce los territorios extraditados, la que bulle cuando dice lo hermoso y lo más desagradable, la que sabe de basura y del diamante interior del alma misma, la que no teme (aunque sí) a los espacios del miedo, la soledad, la mayor congoja. La que contrasta con imágenes de fuerte impacto «las mismas aguas vivas de la vida» con la «muy negrísima agua y de muy mal olor» de la que corre «desventura y suciedad». Escritura que trasciende y a la vez desea comunicarse, ser inteligible en lo que más exige y conforta a la vivencia del espíritu. Escritura que sale del cuerpo para decir el escarnio de sí, y al final es saber del no saber.

§

Índice

- 7 Nota a la edición
- 9 *Las Moradas* de Teresa de Jesús: En compañía de ángeles, por Javier San José Lera
- 31 LAS MORADAS
- Prólogo 33
 - Moradas primeras 35
 - Moradas segundas 49
 - Moradas terceras 57
 - Moradas cuartas 69
 - Moradas quintas 87
 - Moradas sextas 109
 - Moradas séptimas 169
 - Conclusión 191
- 193 SIETE DIÁLOGOS ACTUALES
- HUGO MUJICA
 - Teresa, nuestra Teresa 195
 - ANTONIO COLINAS
 - De Teresa de Ávila a Santa Teresa: *Las Moradas* 214
 - AMALIA IGLESIAS SERNA
 - Teresa de Jesús y la arquitectura interior del alma 228
 - JEANNETTE L. CLARIOND
 - Morar en el diamante. El castillo de Santa Teresa 244
 - JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS
 - Las Moradas*: Una puerta abierta hacia la luz y el silencio 252
 - ASUNCIÓN ESCRIBANO
 - Un castillo hecho de lumbre 272
 - MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ
 - En la misericordia tan sin tasa 280